

# 'TITLESIS

NUEVA REVISTA DE  
FILOSOFIA Y LETRAS

► HOMENAJE A ERICH FROMM

► GIUSEPPE AMARA

► JORGE SILVA GARCÍA

► JULIANA GONZÁLEZ

► JOSÉ PASCUAL BUXÓ

► GIUSEPPE UNGARETTI

8

► CLAUDE MOSSÉ

► ROBERT PENN WARREN

► MARGARITA VALDÉS

► WONFILIO TREJO

► EDUARDO A. RABOSI

► MÓNICA MANSOUR ► CARLOS PEREYRA ► DOLORES FERNÁNDEZ

► ULRICH VON WILAMOWITZ MOELLENDORF

► ENRIQUETA GONZÁLEZ PADILLA

ANNUNZIATA ROSSI



40.00 pesos

Enero / 1981

# THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.  
Año III, Número 8  
Enero/1981**





**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Rector:**

**Dr. Guillermo Soberón Acevedo**

**Secretario General Académico:**

**Dr. Fernando Pérez Correa**

**Secretario General Administrativo:**

**Ing. Gerardo Ferrando Bravo**

**THESIS. NUEVA REVISTA  
DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Publicación Trimestral de la  
Facultad de Filosofía y Letras**

**Director: Abelardo Villegas**

**Editor: Benjamín Villanueva**

**Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,  
Juliana González, Benjamín Villanueva**

**Secretaria de Redacción: Elsa Cross.**

# Índice

**ERICH FROMM: *Idolatría, Soledad, Amor (Mesa redonda)***

**GIUSEPPE AMARA:**

*El dilema de la conciencia en la teoría de Fromm* 4

**JULIANA GONZÁLEZ:**

*Fromm y la naturaleza ética del hombre* 9

**JORGE SILVA GARCÍA:**

*Erich Fromm: problemas centrales del hombre: amor, soledad e idolatría* 12

**JOSÉ PASCUAL BUXÓ:**

*Lenguaje y realidad en la poesía de César Vallejo* 15

**CARLOS PEREYRA:**

*Causalidad y Explicación en la historia* 21

**GIUSEPPE UNGARETTI**

*Los comentarios a "L'infinito" de Leopardi* 29

**MÓNICA MANSOUR:**

*Estructuras semánticas del discurso literario* 32

**EDUARDO A RABOSI:**

*La filosofía de lo moral: ¿una empresa sin intereses?* 38

**ROBERT PENN WARREN:**

*La helada de las moras* 41

**CLAUDE MOSSÉ:**

*Democracia antigua y democracia moderna* 52

*La tradición presente*

**ULRICH VON WILAMOWITZ MOELLENDORF:**

*El desenvolvimiento del espíritu helénico (2a. y última parte)* 57

**Discusión**

**Margarita Valdés: *En torno a Fenomenalismo y Realismo*** 66

**Wonfilio Trejo: *Disipando dificultades***

**Notas y Reseñas** 72

**Dolores Fernández Muñoz: *En defensa de Celio de Cicerón*** 79

## **Democracia antigua y democracia moderna**

Traducción: Mirta Espinosa

Democracia: una palabra inventada por los griegos, pero también una palabra a la cual el siglo veinte ha dado un sentido mucho más amplio, una extensión fuera de lo político en donde, sin embargo, se originó. De ahí la tentación de comparar democracia antigua y democracia moderna, de poner en relieve semejanzas y, sobre todo, diferencias. Estas últimas se reducen con frecuencia a la oposición democracia directa—democracia representativa, de donde se infiere que la democracia griega es más democrática que la democracia contemporánea; y a la oposición democracia esclavista—democracia fundada sobre la igualdad de todos, lo cual hace la democracia griega menos democrática que la nuestra. Esta doble oposición de consecuencias contradictorias muestra ya que el problema no es tan simple y que abordar la cuestión de las relaciones, democracia moderna—democracia antigua (es decir, griega, o mejor aún, ateniense), implica en primer lugar que se detenga uno sobre la imagen que los siglos han elaborado de la democracia antigua.

**E**l problema es muy vasto y no podría ser abordado en su conjunto sin una serie de estudios previos. Yo me limitaré a señalar de preferencia dos momentos de la elaboración de este “imaginario” de la democracia ateniense; por una parte los siglos V y IV antes de nuestra era; por otra parte los siglos XVIII y XIX europeos, y particularmente franceses.

Desde el principio, una paradoja: hablando en sentido estricto, no existe sobre la democracia ateniense una exposición teórica que provenga de los partidarios de este régimen. A lo más, unas alusiones que prueban que el debate existía: el célebre diálogo persa del libro III de las *Historias* de Heródoto; la oración fúnebre pronunciada por Pericles en el relato de Tucídides; el discurso de Trasíbulo, el restaurador de la democracia en 403 en las *Helénicas* de Jenofonte; y de modo irónico, el libelo conocido bajo el título de *República de los Atenienses*, de un oligarca adversario de la democracia. Ahí, los fundamentos del régimen aparecen definidos así:

—igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, de donde se deriva la ausencia de privilegios ligados al nacimiento, a la fortuna o a la educación

— la libertad política, es decir, esencialmente, el derecho de expresar su opinión ante la asamblea del pueblo. Ello ocasionaba una superioridad cultural (la escuela de

Grecia) y militar (justificando el imperio ejercido por Atenas sobre los otros griegos), al mismo tiempo que una pegadura de los antagonismos reales.

Pero frente a esta imagen valorizadora, y, como decíamos, más circunstancial que teórica, se afirma la imagen inversa dada por los escritores y los filósofos del siglo IV: la democracia corrompida por los demagogos, desgarrada por las luchas entre ricos y pobres, dominada por los excesos de un vulgo ignorante; excesos que conducen a la expoliación de los ricos, al alejamiento de los mejores, a la incoherencia de la política, y, por último, el fracaso.

Estas dos imágenes elaboradas por los griegos mismos iban a ser transmitidas a la posteridad de manera muy desigual, y ello por dos razones que se conjugan: por una parte, la desaparición en Europa, hasta la Revolución Francesa, de todo sistema político que recordara de cerca o de lejos una democracia igualitaria; por otra parte, el desigual destino de los grandes escritores de la Atenas clásica, y el lugar privilegiado que se acordó desde el Renacimiento en la educación clásica a los filósofos del siglo IV y a Plutarco, cuyas *Vidas* transmiten una ideología conservadora, ampliamente inspirada en los escritos de estos mismos filósofos.

Es pues la imagen negativa de la democracia ateniense la que será percibida en primer lugar cuando, a partir del Renacimiento, Europa redescubre la Antigüedad. Y paradójicamente esta imagen negativa va a ser reconocida no solamente por aquellos que rechazan el principio mismo de una democracia igualitaria —y pienso aquí en los escritores franceses de la Epoca de las Luces, como Montesquieu o el caballero de Jaucourt, uno de los redactores de la Enciclopedia— sino también por los hombres del 93, partidarios sin embargo del sufragio universal y de la igualdad, que encontraban en la Esparta de Licurgo o en la Roma de los Gracos modelos más próximos de su ideal más bien que en una Atenas pervertida por el lujo y la riqueza.

**S**e comprende también que esta imagen negativa haya reforzado en sus convicciones antidemocráticas a algunos teóricos como Bonald o Joseph de Maistre, y que reine en la enseñanza universitaria hasta mediados del siglo XIX. Pero ella se eclipsa luego para dejar lugar a lo que dos historiadores franceses han llamado recientemente “la Atenas burguesa”. De esto ha-

blaremos después. Pero es necesario subrayar que la imagen negativa de la democracia ateniense no desaparecerá jamás, como testimonian en algunos estudios recientes, marcados por la repercusión de los acontecimientos de mayo 68.

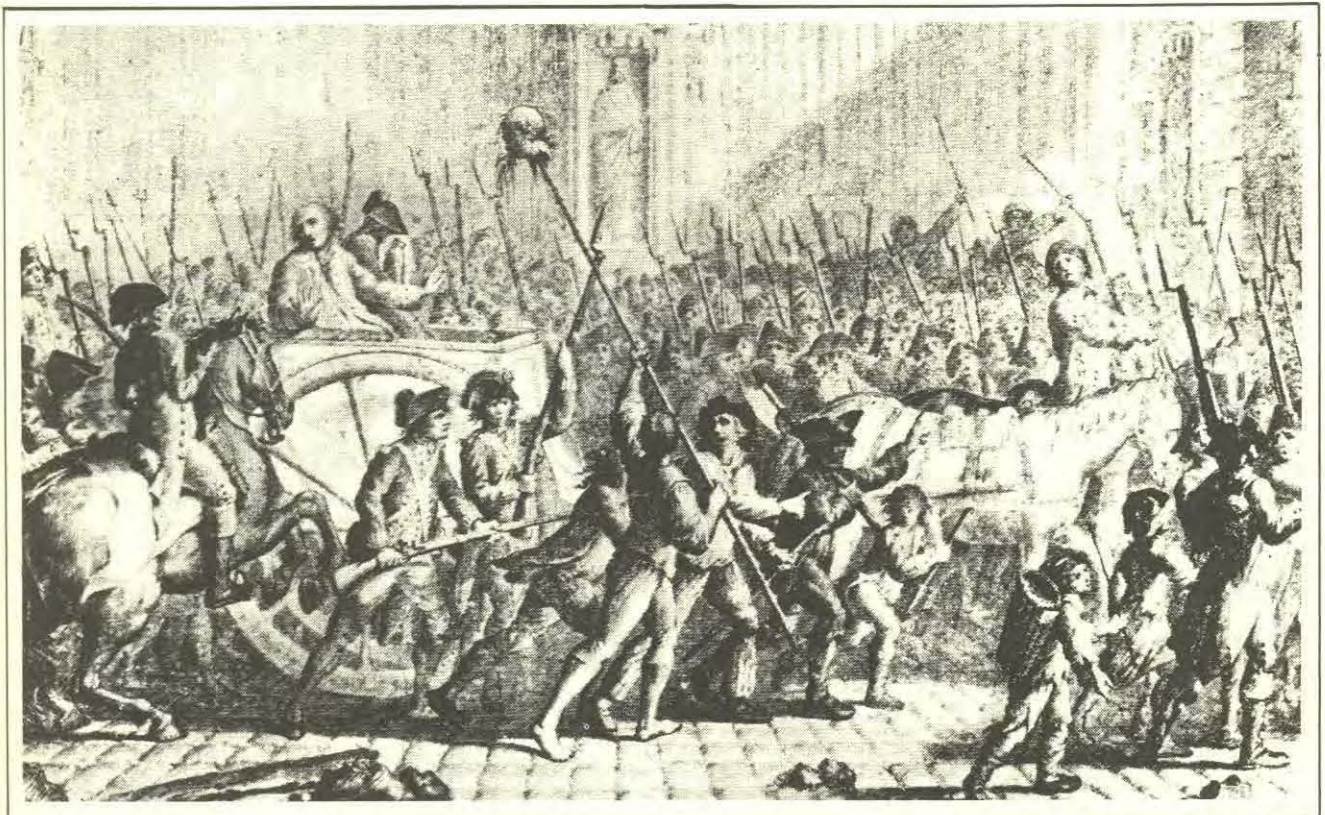
La imagen positiva de la democracia ateniense, de donde saldrá la Atenas "burguesa" que evocábamos antes, se constituye desde fines del siglo XVIII. Allí se encuentran ya expresados los principales rasgos que la caracterizarán: una política abierta a todos, que se opone al "secreto del príncipe", pero también y sobre todo lo que no debe sorprender, el lugar que ahí tenía el artesanado y el comercio. Es lo que hará resaltar en su traducción de Tucídides P. Ch. Levêque, uno de los miembros fundadores del Instituto de Francia en el año IV, y profesor del Colegio de Francia. Y es lo que retomarán los historiadores del siglo XIX y XX en Francia, de Victor Duruy a Gustave Glotz, pero también en Gran Bretaña, en donde las virtudes del imperialismo ateniense se confrontan paralelamente con las del imperialismo británico. En la Francia radical socialista de la Tercera República, la democracia ateniense es adornada con todas las virtudes, y Pericles, haciendo emprender las construcciones de la Acrópolis para dar trabajo a los atenienses pobres (Plutarco), deviene el promotor de una política social, si no socialista.

La imagen sobre la democracia ateniense iba a conocer una última transformación en un período más reciente, en los Estados Unidos. Toda una corriente de la ciencia política desarrolló en efecto una teoría de "la apatía"

de las masas populares, considerada como positiva para el buen funcionamiento de una democracia concebida no como un ideal, sino como un sistema político. Y los representantes de esta corriente de ideas no titubearon en referirse a los filósofos griegos como Platón o Aristóteles, partidarios de reservar el poder de decisión a una élite. Un profesor de la Universidad de Berkeley aplicó la teoría de la apatía al estudio de la democracia ateniense reduciendo la vida política de Atenas a conflictos de facciones constituidas alrededor de algunos hombres políticos, conflictos a los que la masa de la población ateniense habría permanecido extraña. Atenas, una vez más, servía de modelo a una lectura de la democracia contemporánea.

De ahí se ve cuán difícil es para el historiador que se interroga sobre la naturaleza real de la democracia ateniense deshacerse de las imágenes que los siglos pasados y presentes han proyectado sobre ella. Y aún más si quiere confrontarla con la democracia moderna.

**E**s necesario desde el principio poner de relieve una primera observación: entre la democracia ateniense y la democracia moderna hay cerca de veinticinco siglos a lo largo de los cuales las sociedades humanas han evolucionado. Esta evolución es a la vez técnica, material y social, política, económica. Aplicar las realidades contemporáneas sobre aquellas de la Atenas de los siglos V y IV a.C. es erróneo necesariamente, y desde hace ya más de un cuarto de siglo algunos historiadores han demostrado en particular que la economía



ateniense no podría ser interpretada como una economía de tipo capitalista, aun en el momento del más grande desarrollo del artesanado y del comercio. De la misma manera, la sociedad ateniense no puede ser descrita con los términos de la sociología moderna: los esclavos no son la clase obrera, ni siquiera la clase de los trabajadores. Las inscripciones del soporte del Erecteión, sobre la Acrópolis de Atenas, son a este respecto significativas: hombres libres, ciudadanos o extranjeros, y esclavos trabajan unos al lado de los otros y perciben el mismo salario.

Lo que no implica, como lo querían algunos historiadores preocupados por lavar parcialmente la democracia ateniense de este grave pecado, que los esclavos eran mejor tratados ahí que en otras partes. No estará nunca de más repetirlo: la esclavitud era una realidad de la sociedad ateniense, se encontraban esclavos tanto en el campo como en Atenas o en el Pireo, estaban presentes en todas las formas de actividades económicas. Y, por regla general, los esclavos eran más numerosos en las ciudades democráticas que en las otras ciudades.

Es decir que el problema no se sitúa en este nivel: la democracia moderna se la quiere tanto social tanto como política, y aún más social que política. La democracia griega, por su parte, era en primer lugar política. Lo que quiere decir, y es el sentido mismo de la palabra democracia, que el *demos*, el conjunto de los ciudadanos, era soberano en lo tocante a las decisiones concernientes a la ciudad.

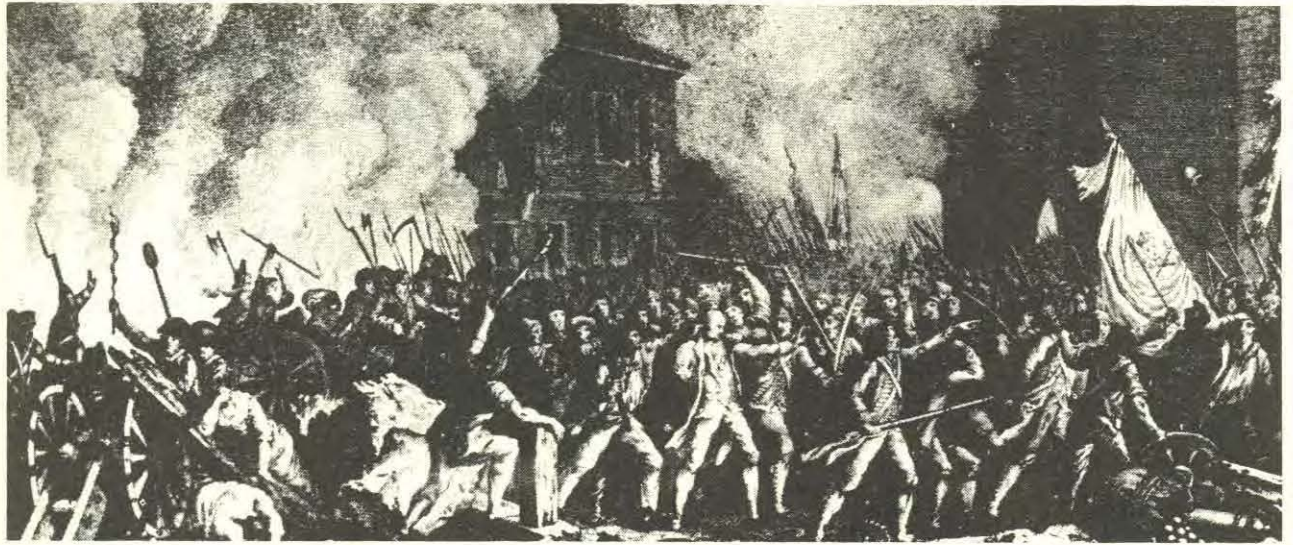
Esta soberanía se ejercía en primer lugar en el seno de las asambleas que se tenían cuarenta veces al año, a las que teóricamente todos tenían derecho de asistir, y en donde todos tenían igualmente el derecho de tomar la palabra. En la práctica, eso no sucedía jamás. Sin embargo, en algunas circunstancias, cuando una decisión importante debía ser tomada, era necesario un quórum de seis mil presentes. Lo cual es considerable si se piensa que el total de los ciudadanos se elevaba alrededor de treinta mil a principios del siglo IV.

Pero ella se ejercía también en el seno de los tribunales reclutados entre los seis mil *dikastes* (jueces no profesionales) escogidos por sorteo cada año entre todos los atenienses. Ella se ejercía en fin por un control constante sobre aquellos a los que se confiaba por un año lo que nosotros llamaríamos el poder de ejecución, aquellos "magistrados" sometidos a rendir cuentas a la salida de su cargo, un cargo anual y colegial, al que se accedía por elección o por sorteo.

**N**o se puede negar que tal soberanía podía dar lugar a abusos, y los atenienses, no dejaron de denunciarlos: votos arrancados tardíamente, cuando una parte de los asistentes ya se había ido de la asamblea; decisiones tomadas por el entusiasmo, después abandonadas; influencia ejercida por tal o cual orador brillante. Pero todo ello, no se cansaría uno de repetirlo, se pasaba a sabiendas y a la vista de todos, y para retomar una feliz expresión del historiador de Cambridge, M.I. Finley, se trataba de un mundo del "cara a cara", lo que implica una diferencia absoluta con la democracia moderna, inconcebible sin la existencia de una "clase política" institucionalizada, y aún más quizás sin el papel de los *media*. En Atenas, es prácticamente el *demos* en su totalidad quien formaba la "clase política", puesto que por el sorteo de la mayor parte de los cargos políticos de un lado, por la retribución de estos mismos cargos de otro lado, todos podían llegar a desempeñar un día una función cívica. Y hasta se ha podido decir que la calidad de ciudadano no era solamente un estatuto, sino también una función. La retribución de un salario por la presencia en las sesiones de la asamblea popular a partir del siglo IV aparece claramente como el signo evidente de esta realidad.

Este *demos*, sin embargo, no era, ni mucho menos, uniforme, no constituía una clase que se habría opuesto a los otros dos, grupos de habitantes de la ciudad, los extranjeros residentes o metecos y los esclavos. Existían en su seno diferencias de donde nacían los antagonismos.





En el siglo V, puesto que el régimen estaba aún en estado naciente, la oposición circulaba entre aquéllos, la gran mayoría, que aceptaban su forma y los nostálgicos de un pasado más o menos mítico en donde sólo los "Bien nacidos" tenían el poder de decisión. Después de varias tentativas, entre las cuales está el homicidio de Efialtes, el amigo de Pericles, los adversarios del régimen renunciaron a actuar, y fue necesaria la derrota sufrida por Atenas en Sicilia, durante la guerra del Peloponeso, luego el aniquilamiento de su flota por la flota espartana en 404 a.C., para que de nuevo, por dos veces, aquellos a quienes se llamaba oligarcas se esforzaran por derrocar el régimen. Las resistencias con las cuales se encontraron, y el fracaso final de las dos tentativas testimonian el apego del demos en su gran mayoría, a la democracia. El célebre episodio de los soldados y de los marineros atenienses acantonados en Samos destituyendo sus estrategias sospechosos de simpatía hacia la oligarquía, es en este aspecto significativo: frente al pequeño número de aquellos que trataban de derrocar la democracia por el terror, ellos pretendían ser la encarnación de la ciudad, sus únicos representantes legítimos.

Pero este *quasi* consenso no iba a tardar en disiparse. Las devastaciones de la guerra del Peloponeso, de la que fueron víctimas sobre todo los campesinos atenienses, iban a crear entre ellos y la gente de la ciudad una oposición que es mostrada en los últimos años de la guerra por el teatro de Aristófanes. Y, en el siglo IV, cuando el Imperio que Atenas ejercía sobre el mundo egeo, y del cual obtenía recursos apreciables, se derrumba, cuando Atenas conoce graves dificultades financieras y le es cada vez más difícil asegurar su abastecimiento de cereales, el conflicto se desplaza entre la minoría de aquellos sobre los que pesan los cargos militares y financieros y la masa que encuentra aún en ello la manera si no de subsistir, por lo menos de mejorar su "ordinario". Pero aun entonces, se trata de un conflicto abierto, aun cuando se disimula algunas veces por el discurso ideológico, y la grandeza de la democracia ateniense estriba en que hasta

su destrucción por los macedonios, hizo siempre un lugar al debate político.

**E**ntonces, ¿es necesario concluir que la democracia antigua es y debe ser un modelo para los hombres de hoy? Sí y no. Sí, por haber ignorado precisamente esta apatía que lejos de asegurar la estabilidad de los regímenes conduce a las peores demisiones; sí, por haber dejado a los adversarios del régimen toda la libertad para expresarse y para difundir su enseñanza, por no haber impuesto un credo político. Pero no, también porque veinticinco siglos han dejado su marca sobre nuestra civilización, y una sociedad fundada sobre la esclavitud no podría ser tomada por un modelo. Y no, en fin, porque una democracia directa del tipo ateniense es concebible difícilmente en los vastos estados territoriales que son las naciones modernas. Pero la experiencia ateniense permanece sin embargo ejemplar en la medida en que el aprendizaje de la libre discusión y de la libre decisión permanece como el más seguro garante contra todos los totalitarismos. Y si la democracia directa es poco realizable a la escala de un estado moderno, ella puede aplicarse a otros niveles de decisión, en el seno de las colectividades locales, de las empresas, de las universidades, para dar al hombre de hoy el sentimiento de ser por fin responsable de su devenir.

#### Bibliografía

Sobre los problemas que he abordado en este artículo, se leerá con interés el libro de M.I. Finley, *Democracy Ancient and Modern*, Cambridge 1972 (traducción francesa\*: *Démocratie antique et démocratie moderne*, precedido de "Tradition de la démocratie grecque" por P. Vidal-Naquet, Paris, Payot, 1976), así como el artículo de N. Loraux y Vidal-Naquet: "La formation de l'Athènes bourgeoise: Essai d'historiographie 1750-1850" en la recopilación *Classical Influence on Western Thought A.D. 1650-1870*, Cambridge, 1978. Sobre la imagen negativa de la democracia ateniense, véase el libro de J. de Romilly, *Problèmes de la démocratie grecque*, Paris, 1975.

\* Existe igualmente una traducción española: M.I. Finley, *Vieja y nueva democracia y otros ensayos*, Barcelona, Ariel, 1980. (N. de la T.)





Publicado en el No. 11 de *Filosofía y Letras*, junio-agosto de 1943